

muerto allí enterrado ocupaba su puesto sabiendo que no iba a ser desalojado en un plazo de entre dieciocho y veinte años; pasados los cuales, se recogerían los restos de sus huesos y se habilitaría el hogar para el nuevo inquilino, que lo ocuparía por un espacio de tiempo similar. El Anfibio gozó de tranquilidad un período mucho más largo. Cada una de las tumbas de sus contemporáneos había hospedado ya a tres ocupantes sucesivos cuando destruyeron la suya.

Comparada con las que se excavaban en el interior, aquella sepultura tenía la prestancia de un mausoleo; no por la suntuosidad del panteón, ni porque conservara recuerdos de la noble madera del ataúd, del lujoso sudario o de la carroza fúnebre en la que había realizado el último viaje, pues el Anfibio había sido transportado a manos de varios voluntarios que se relevaban gustosos, sobre unas trousseas dedicadas los días de labor a faenas menos solemnes, envuelto en una sábana remendada que no ocultaba totalmente reliquias de antiguas vergüenzas, y había sido inhumado en contacto directo con la tierra dentro de un hoyo trabajoso, pues para darle la forma adecuada hubo que cortar de los frondosos negrillos innumerables raíces que buscaban la materia orgánica, tan abundante al otro lado de la tapia. Pero la naturaleza misma se encargó de ennoblecer el lugar: disfrutaba allí el muerto de una soledad apacible, sombra en las bochornosas siestas del verano, un tibio sol en las tardes del invierno si los negrillos estaban bien podados y una guardia permanente prestada por estos mismos árboles distribuidos de forma anárquica.

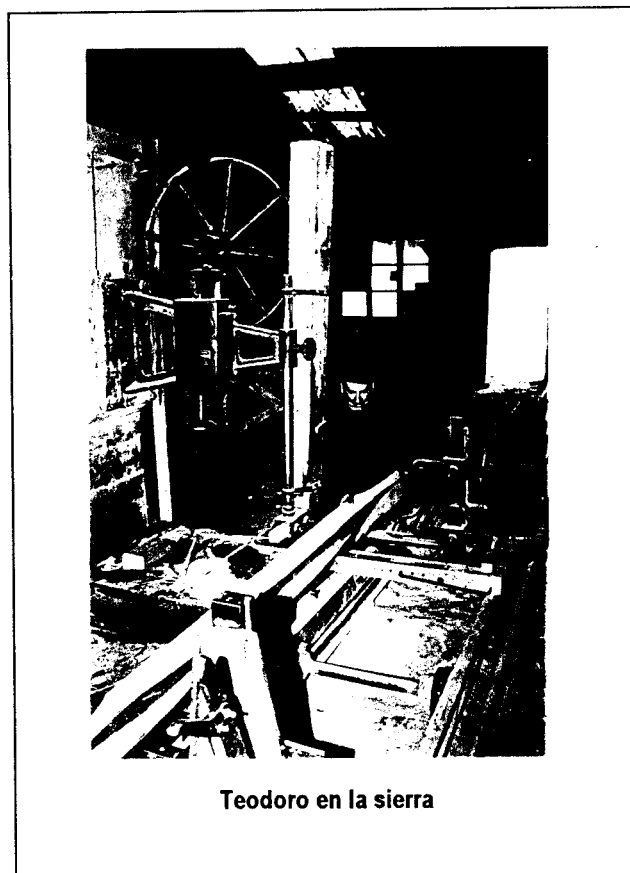
Por entonces aún no había hecho su aparición la floreciente industria del mármol, que años más tarde establecería diferencias de rango entre los muertos para alimentar la vanidad de los vivos, y reinaba para aquéllos una igualitaria ley democrática sólo quebrantada por el diferente peso o forma de la losa que se colocaba a la cabecera de cada sepultura. El Anfibio, en cambio, se recreaba con los regalos que la naturaleza le ofrecía gratuitamente y lucía el frontal más ambicioso: toda la tapia oeste del cementerio.

A los dos años de la muerte del pobre en el río, talaron los negrillos que le servían de centinelas para atender con la madera algunas necesidades inaplazables: renovar las andas que aproximaban a los fieles al descanso eterno, techar los restos del edificio que aún se mantenía en pie en el cementerio y remendar el tejado de la iglesia nueva, que había sufrido un incendio. Por respeto, para no pisarla mientras duraban las tareas del corte de la madera, con morrillos atollados en la tierra marcaron un cerco alrededor de la tumba y sobre él tendieron en el aire una cuerda que describía la misma forma rectangular. Estos retoques, en principio provisionales, se consolidaron en el tiempo y otorgaron al lugar aspecto de templo antiguo, con espacios bien delimitados: el peristilo jalonado con los troncos de los árboles nuevamente crecidos, el terreno con forma irregular del interior de la alambrada y el *sancta sanctorum*, donde en lugar del ara se levanta el árbol sagrado.

Fue en los años siguientes, con el horizonte despe-

jado y toda la luz sobre ella, cuando prosperó la nogal y adquirió una descomunal vitalidad. Su hallazgo había sido casual y a punto estuvo de ser arrancada como una mala hierba más. Al muchacho que había comenzado la faena de la limpieza de la sepultura por vez primera, le pareció una hierba rara. Dudó si cavarla y arrojarla lejos, pero la dejó para consultar acerca de su especie. Los primeros adultos que la vieron aseguraron sin vacilar que se trataba de una nogal. Pero, ¿cómo había crecido más de un metro si aún no hacía diez meses que aquella tierra había sido removida? ¿La había plantado alguien? Si era así, ¿por qué allí? Excavaron prudentemente, hasta alcanzar una profundidad considerable, sin encontrar la raíz. No quisieron seguir más abajo para no importunar, pues brotaba en medio de la sepultura, a la altura de la barriga del enterrado y tuvieron por necedad llegar a encontrarse con él. Ya no había duda razonable sobre el origen del árbol. No obstante, era un prodigio de feracidad inexplicable.

Los que habían compartido con él las últimas horas de vida del Anfibio se reunieron y discutieron el asunto. Entre recuerdos difusos, llegaron a la conclusión de que el fenómeno se debía al orujo: mientras el frío hacía dormir a plantas y semillas, el germen de una nuez mal mascada por el Anfibio a última hora fue generosamente regada en sus entrañas por el fogoso licor. Cuando las funciones metabólicas de su organismo, capaces de exterminar esta vida potencial se pararon surgió en aquel estómago una explosión vital estimulada por el calor del alcohol y comenzó inmediatamente un proceso de crecimiento imparable cu-



Teodoro en la sierra



De tertulia en la Plaza del Pilar

Los primeros resultados podían ser observados ya a flor de tierra, después de haber hecho un recorrido subterráneo en sentido ascendente de más de un metro, sin contar el desarrollo de las fuentes de alimentación del arbolito en otras direcciones. Válida o no, esta explicación se divulgó con rapidez y la nogal merecería un profundo respeto y ganaría la estima de todos como árbol mágico. Cuando rebrotaron los tueros de los negrillaos cortados, los más cercanos fueron sistemáticamente eliminados y la nogal medraba y ganaba corpulencia sin cesar.

Dos hombres con los brazos extendidos apenas podían abarcar el tronco del árbol, que ya reventaba el cerco de la tumba levantando tierra y morrillos, cuando a Fructuoso se le ocurrió la idea de colar sobre él un epitafio. Años antes, con incisiones practicadas a navajazo limpio, habían esculpido en la madera viva de la nogal la figura de un rostro humano en el que se adivinaban hasta los bigotes. Observado a cierta distancia transmitía la sensación de un gigante que se incorporaba desde las profundidades de la tierra. Esta impresión era más nítida si se prescindía del resto del árbol, si haciendo un esfuerzo de concentración mental, la mirada no se extendía más allá del punto donde alcanzaba a llegar el rostro. Precisamente a fijar esa frontera contribuyó la tabla de pino que con dos clavos ferrujos Fructuoso sujetó horizontal, aplastando el pelo imaginario de aquella cabeza vegetal. En ella había escrito con pez oscura y pegajosa:

AQUÍ YACEN LOS RESTOS DE POLIBIO
 NI EN SU VIDA MATÓ NUNCA UNA MOSCA
 NI SU MUERTE CAUSÓ EL MAYOR FASTIDIO

Poco respetuoso, es cierto, aunque también es justo decir que sin el menor atisbo de mala intención o afán de burla, este fue uno de los últimos homenajes sonados que se le tributaron al Anfibio. La tabla desapareció pronto, pero los clavos quedaron llorando orín sobre los ojos del bajorrelieve hasta que el hacha piadosa acabó definitivamente con sus penas.

Fructuoso recibía felicitaciones por su maestría para «comparar» versos. Sin embargo lo primero que oyó fue una crítica referida al nombre del titular de la tumba. Él replicó sin inmutarse:

—Ya sé que se llamaba Eutanasio; pero Polibio es más filosófico.

También sabía que el primer nombre era erróneo, pero se dejaba llevar por su pasión: las etimologías. Había nacido predestinado a ser algo grande en la vida. Su padre había pronosticado, aun antes de su nacimiento, que sería obispo. Para lograrlo habían de cumplirse ciertas condiciones: ser varón, tener un nombre adecuado a la dignidad que le aguardaba y ser inteligente y estudioso. El azar se encargó de elegir el sexo con acierto; el nombre lo buscó el padre entre los re-

cuerdos de los sermones del cura; a estudiar lo mandó al seminario diocesano, nada más cumplir los nueve años, para que preparara el ingreso en los estudios de Humanidades. Allí estuvo seis años, sin que pudiera pasar del tercer curso, pero volvió hecho una autoridad en el arte de destripar terrones. Sus años de internado le habían apartado de la actividad que los muchachos despleaban los últimos días de octubre en el cementerio. El epitafio había surgido como un acto de desagravio por la mala conciencia causada por el tiempo perdido. De sus estudios de Humanidades, en los que dominaba el latín, le venía la afición por conocer el origen de las palabras, inventando siempre que encontraba dificultades. También había aprendido a componer versos, contando bien las sílabas y buscando rimas adecuadas. El tono del poema ya le interesaba menos.

Fructuoso investigó antes de componer su obra. Del Anfibio ya no quedaban muchos testimonios directos y Luis Sarmiento, uno de los más viejos del lugar, se convirtió en su principal informador, a pesar de que la imaginación le jugaba malas pasadas, haciéndole confundir realidad y deseos. El exseminarista era pariente lejano suyo y muchos ratos conversaban juntos y a solas. Con los datos extraídos de estas charlas, Fructuoso iba inventando un pasado para el pueblo, sin que le importara el espíritu crítico necesario para conformar esas invenciones. Al principio pensó componer una octava real, estrofa solemne en la que cabían más detalles del homenajeado; luego, por estrictas razones de espacio, se limitó a componer un terceto en el que se resumía al máximo su forma de ser, de vivir y de morir.

En uno de los encuentros entre tío y sobrino, éste fue sorprendido por la reacción del viejo. Le había pedido que le contara la historia de la nogal, pero el anciano se quedó mirándolo fijamente unos instantes, luego desvió de él sus ojos y simplemente informó:

—Ese árbol en vez de hojas tiene palabras verdade-

ras.

Por más que intentó el joven una aclaración del sentido enigmático de la frase, Luis Sarmiento no hacía más que repetirla como una monserga.

El pensamiento encerrado en la frase atestiguaba una vida interior rica y compleja. Habían transcurrido hasta entonces pocos años desde que Pelagio le confiara un secreto que necesitaba comunicar con alguien capaz de relacionar vivencialmente su revelación con épocas pasadas. El confidente no había encontrado mejor destinatario que Luis Sarmiento.

Tenía entonces Pelagio dieciséis años y había heredado de su hermano Venancio, dos mayor que él, el derecho y la obligación de ejecutar los trabajos remunerados que se contrataban en su casa por tradición: efectuar cada día los tres toques de campana acostumbrados (la alborada, el ángelus y las oraciones); realizar tareas de vigilancia como guarda jurado rural prindando a personas y animales que no cumplieran las normas de convivencia; podar, en fin, los chopos y paleras que lo requerían. En los contratos no figuraba ninguno de los hermanos, sino el padre; sin embargo ellos eran los encargados de hacer los trabajos.

Aquel era un año generoso y en verano faltaba tiempo para acabar todas las faenas. Los dos hermanos quisieron hacer una gracia a su padre y le propusieron segar las dos heminas de trigo que tenían en los Arroto una noche de luna en cuarto creciente. El padre aceptó la propuesta, picó las guadañas y los dejó ir a cumplir el compromiso. A media noche con los cuernos de la luna apuntándoles por encima de los montes, empezaron a segar. Al terminar el segundo maraño sintieron el cansancio en los huesos y músculos y el sueño en sus cabezas y decidieron recuperar fuerzas. Ataron media docena de manojos con garañuelas confeccionadas con las mejores pajas de la mies que acababan de cortar y se acostaron entre ellos, resguardándose del rocío. Un par de horas más tarde las estrellas iban apagándose; resaltaba sólo el fulgor del Lucero del alba cuando Venancio abrió los ojos y sacudió a su hermano asiéndole un hombro al tiempo que le decía:

—Vamos, Pelagio, que ya escolumbra.

No le costó gran esfuerzo despertar animado por la inquietud y la parte de aventura que suponía adelantarle algo el trabajo a su padre. Se incorporó, miró hacia el naciente, por donde iba apareciendo una leve luz sonrosada, y se quedó sorprendido. Se frotó los ojos con ambos puños y volvió a mirar. No podía creer lo que veía. Los negrillos habían sido arrancados por una epidemia y sólo quedaban los brotes, que crecían hasta la altura de la tapia o poco más, y entonces se secaban. Por encima se destacaba la sombra de la nogal sobre el lienzo tenuemente coloreado del horizonte. El primer impulso le pedía comunicárselo a su hermano, pero lo pensó a tiempo y se calló. La sorpresa era tan grande que amenazaba el riesgo seguro de que lo tomaran a broma si describía lo que contemplaba. Sólo alguien más viejo que el propio árbol podía descifrar el mis-

terio, aunque era imprescindible presentarlo con la apariencia más real posible. Se puso a segar un nuevo maraño y mientras amanecía no cesaba de levantar la vista hacia el cementerio. Y pensaba: si la próxima primavera padre coge los trabajos de la poda, le resaltaré un poco el perfil y luego traeré a Luis para que lo vea desde aquí. La luz se hacía más clara y cuando salió el sol la copa de la nogal incorporó su volumen, se evaporó su encanto y dejó de ser una enorme cabeza humana recortada sobre la tela diáfana del firmamento que le recordaba a Pelagio la hucha que aún debía de estar en la escuela sobre la mesa del maestro.

Contraviniendo las normas ancestrales del saber popular, que mandan no podar nunca una nogal, Pelagio acentuó su silueta furtivamente. Durante el invierno, con las ramas desnudas de hojas, calculó dónde debía aplicar el hacha. Llegado el período de la poda, se levantaba de noche y antes de empezar la faena en los chopos afeitaba alguna vara que pudiera enmarañar aquel enorme rostro clavado en la tierra. Varios días repitió el trabajo, hasta que consiguió culminar aquella actividad de jardinería artística. No quedaba sino aguardar a que la savia terminara de subir y el esqueleto se vistiera de hojas. Entonces desveló el secreto a Luis Sarmiento un anochecer de primavera. Al anciano se le encendió la sangre recordando su juventud y quiso ir inmediatamente a ver el prodigio. El artista jardinero, que ocultaría siempre su intervención en el maquillaje de aquel rostro, consiguió calmarlo y concertó una cita con él para verlo la madrugada siguiente, alegando que el encanto sólo se producía en la contraluz del alba. Cuando Luis lo vio no pudo reprimir la emoción.

—¡Coño, chaval! El Anfibio sigue ahí y nos vigila a todos —Exclamó lleno de entusiasmo. Luego acordaron compartir el secreto para siempre, sin comunicárselo a nadie. Muchas veces, desde aquel día, vieron caminar por el Sendero Riego al anciano antes de que se extinguiera la luz de las estrellas.

Fructuoso quería fundamentar sus investigaciones y justificar el nombre Polibio, sino en la inmortalidad —que a tanto no se atrevía— al menos en una forma de vida rica y variada. Conversó con su tío lejano en varias ocasiones y le rogó con palabras y gestos que le explicara lo que significaba el cambio de las hojas de la nogal por las palabras verdaderas; pero Luis Sarmiento dio sobradas pruebas de fidelidad y al tratar este tema empleaba un lenguaje hermético y oscuro, que parecía largamente pensado, o bien permanecía más callado que el propio Anfibio.

Nada más lejos de la mente de Fructuoso en aquellos días que la idea de que precisamente él iba a ser el destinatario de la última epifanía selectiva del Anfibio, pocos años más tarde. Cuando ésta tuvo lugar, no pudo contársela a Luis Sarmiento, pues ya había pasado a formar pareja con Eufrasio en el campeonato celestial de mus y se había ganado el título de «rey del órdago»; pero esto pertenece a otra historia, trascendente, y nuestro relato se limita a narrar sucesos del más acá, por más que la frontera entre ambos mundos se difumine a veces.



Creí mi hogar apagado y revolvi la ceniza... me quemé la mano. Antonio Machado

La vida transcurría en el pueblo sin grandes sobresaltos y casi todas las muertes, incluida la del propio Luis, eran debidas a causas naturales. Ocurrió, no obstante, algo anacrónico e incomprensible, aunque algunos habían oído a Luis Sarmiento en más de una ocasión hablando de la epidemia que había exterminado los negrillos: «detrás de los árboles vamos nosotros». Sin que pudiera llegar a determinarse si el agente era un virus o una bacteria, la escasez de agua o el exceso de contaminación, la muerte irrumpió violenta y triunfante en dos oleadas sucesivas y diezmó la población en pocos meses. En alguna casa llegó a morir el padre mientras velaban el cadáver del hijo. Algún día los cortejos fúnebres se cruzaban en el trayecto del pueblo al cementerio. Los que aguantaron esta primera embestida estaban tan débiles que no podían hacerse cargo de tanto entierro. Hubo quien realizó el último viaje a lomos de mulo. Sólo una cuadrilla formada por menos de una docena de hombres y mujeres, pertenecientes a la misma familia, conservaba las facultades necesarias para salvaguardar, con gran esfuerzo, las condiciones sanitarias imprescindibles. El cementerio se llenó de golpe y tuvieron que empezar a enterrar fuera de él, en las proximidades de la sepultura del pobre.

Cuando cedió la virulencia de la enfermedad o peste (que nunca se supo bien lo que era), y los convalecientes

podieron salir a recuperarse al sol, se acordó en concejo público derribar la tapia oeste del cementerio y reconstruirla unos cuantos metros más allá para que las tumbas de los recién enterrados pudieran ostentar el título de cristiana sepultura. Decidieron también talar la nogal, pues en la nueva configuración del espacio interior del cementerio constituía un estorbo y además nunca se ha considerado esa planta como ornamento adecuado a tales lugares consagrados. Pelagio había muerto y el árbol no encontró quien defendiera y afirmara su valor totémico. Los trabajos continuaron lentos y pesados para tan escasas fuerzas, pero el acondicionamiento del lugar no permitió descanso mientras duró la tregua.

Pasados unos meses, la muerte atacó con ímpetu renovado. A la falta de fuerzas se sumó la de materias primas. Los troncos de la nogal habían sido arrastrados hasta la serrería sin un objetivo determinado. Estaban verdes y tardarían en secarse mucho tiempo. El país estaba paralizado y los pedidos no llegaban. En la ciudad ya no se vendían ataúdes. El serrista tuvo que construir las cajas para enterrar a los muertos. Acabadas las reservas de madera, convirtió en tablones el tronco más gordo de la nogal. El primer entierro en que se utilizó el nuevo material pasó desapercibido para todos: era un día frío y gris de otoño. En los siguientes, celebrados en días invernales de grandes heladas y sol claro al mediodía, Fructuoso quedó obsesionado por una imagen.

¡Cuánto le hubiera gustado entonces desahogar sus inquietudes con Luis Sarmiento! Ahora sospechaba el sentido de las enigmáticas palabras que en anciano había formulado al hablar de aquel árbol. Un día visitó la sierra, mientras el carpintero armaba un nuevo ataúd. Le picaba la curiosidad por saber si los demás captaban también aquella imagen o si sería invención caprichosa de su fantasía, y le preguntó al serrista qué era lo que se veía en la tapa de la caja. Él le respondió:

—¡Qué va a ser! Los nudos de la madera.

En realidad no era posible ver otra cosa. La madera aún estaba verde y guardaba en su savia el negativo de la figura que aparecería más tarde. Los rasgos del sol la fijarían sobre la superficie lisa y cepillada de la tabla. Entonces Fructuoso podía delimitar nítidamente los contornos de aquel rostro humano que miraba en todas las direcciones desde la tapa del ataúd.

Alguna vez lo sorprendieron llorando y él, en su interior, no supo precisar si vertía aquellas lágrimas por sí mismo o porque sentía que aquella imagen, reflejada como el *Ecce Homo* de la estación del Vía Crucis, era la última manifestación que del Anfibio quedaba en la Tierra, y al dejar cada ataúd en el hoyo, se enterraba también una pequeña porción de la historia de aquel pueblo.



Vista de la torre.

Parroquia de Nuestra Señora de la Expectación